

Lo que sea de cada quien Palillo, el de la UNAM

Vicente Leñero

Se llamaba Luis Rodríguez pero le decían Palillo, como el célebre cómico carpero que hizo reír al México de los cuarenta a los ochenta. Aquél no hacía reír a nadie, al contrario. Se comportaba como un payaso, sí, con su risita ladeada y sus ínfulas de influyente en rectoría, gracias a pertenecer a los porristas universitarios del fut americano. En realidad era un estudiante fósil. Temible en tiempos de novatadas porque manejaba una pandilla de maleantes prontos a acosar a los alumnos de primer ingreso.

En 1951, en vísperas de ingresar a la escuela de Ingeniería, los preparatorianos del Cristóbal Colón fuimos citados en San Ildefonso para el obligado examen médico: el tentaleo de nuestras partes viriles —usted necesita hacerse la circuncisión, joven— y el arponazo de la vacuna contra la tuberculosis, la mentada *tuberculina*.

A las ocho de la mañana formábamos ya una larga fila frente a lo que entonces funcionaba como rectoría, cuando se escuchó de lo profundo de la calle gritos horribos que nos pusieron a temblar.

—¡Peeerros!, ¡peeeerros!

Temblábamos.

—¡Peeerros maricas, hijitos de papi, niños bien! ¡Ora sí les llegó su hora, peeeerros!

Ahí se apareció de pronto —ahí lo conocí— el maldito Palillo con una banda de maleantes. Burlón. Prepotente. Cínico.

Luego de empellones, bufonadas y cachetaditas al paso, Palillo se dirigió al primer lugar de la fila y se puso a contar, perro tras perro:

—Uno dos tres cuatro cinco seis. Salte. Uno dos tres cuatro cinco seis. Salte.

Así, de seis en seis o de diez en diez —ya no me acuerdo— fue sacando perros de la fila.

Yo fui uno de aquellos infelices seleccionados. También Víctor Fenton, compañero desde la primaria. No sé quiénes más: tres o cuatro en total.

Temíamos lo peor cuando nos condujeron por la calle con una falsa camaradería que auguraba lo peor: ¿nos agarrarían a madrazos en la vía pública?, ¿nos encuerarían en una esquina?, ¿nos robarían el monedero, los tenis, la camisa?

—No les va a pasar nada, perritos —se reía Palillo—. No se espanten.

Luego de caminar un par de cuadras llegamos a una pulquería de las que proliferaban en el Centro y nos hicieron entrar, Palillo por delante.

—¿Te gusta el pulque? —me preguntó oprimiéndome la nariz.

No me atreví a decirle que no. En verdad me asqueaba a pesar de que mi padre intentó aficionarme, a mí y a mis hermanos, al dulce néctar descubierto por la diosa Mayahuel. De vez en cuando mi padre y mis tíos visitaban La Revoltosa, una pulquería cercana a mi casa en San Pedro de los Pinos, y cuando de niño acompañaba yo al mercado a la sirvienta Mercedes, ella hacía una parada técnica en la sección para mujeres de La Revoltosa; me dejaba esperando afuera, con la intimidante recomendación de que no la delatara con mi madre.

La pulquería elegida por Palillo apostaba a pulque, a orines, a mierda. Era temprano. Unos cuantos vagabundos y teporochos salpicaban el lugar, atentos a la irrupción de aquel grupo de jóvenes.

—¿De qué van a querer su curado? —nos preguntó Palillo.

Yo elegí de piña, por elegir algo, mientras me sentía tranquilo por primera vez pensando que si sólo se trataba de beber un

tarro de pulque, el tormento resultaría al fin de cuentas soportable.

Pero no. Luego de que el pulquero llevó los respectivos tarros a la mesa, Palillo los sequestró rápidamente, y antes de que los bebiéramos, él y sus maleantes se pusieron a escupir gargajos y más gargajos dentro de las bebidas.

—Ahora sí —dijo riendo—, ¡a beber! ¡A bebérselos hasta el fondo, pinches perros!

—No, por favor, así no —suplicamos.

—Cómo de que no. ¡Hasta no verte Jesús mío! ¡Órale!

Y tuvimos que bebernos nuestros tarros, no había de otra. De dos, de tres, de cuatro tragos hasta adentro. Guácala. Víctor Fenton terminó vomitando sobre el aserrín del piso.

A poco de que salimos de la pulquería y regresamos a la fila del examen médico, dije a Fenton en voz baja:

—Algún día me voy a vengar de este cabrón. Lo juro.

Nunca encontré la manera de llevar a cabo mi venganza, pero en venganza, sólo en venganza, seguía pensando: con el tiempo, cuando veía a Palillo en rectoría haciendo favores de trámites universitarios a urgidos estudiantes, dinero de por medio, por supuesto; cuando me lo encontraba en las páginas de un periódico fotografiado con el rector o con su amante o esposa —eso se decía— Fanny Cano, a quien un avionazo en Barajas se la arrebató como golpe bajo.

Hoy, a cincuenta y ocho años del incidente pulquero, intento realizar por fin mi venganza contra el odiado Palillo con este ingenuo texto de denuncia extemporánea. **U**